

¿Veis que mi espalda oprima?
 ¿Ó de brillar cansadas,
 La actividad reprima
 De entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brío,
 Que la edad deteriora
 Con su fuga veloz, existe en mí,
 ¿No es vano desvarío
 Vuestra demanda ahora?
 Si alegre canto y río,
 Soy jóven fuerte, como jóven fui.

Lo soy, y vigoroso
 Siento que late y vive
 Propenso á la virtud mi corazon;
 Y en placer delicioso
 Afectos mil recibe:
 Movimiento dichoso
 Del alma, si lo templá la razon.

Tal vez Febo me envia
 Entusiasmo divino,
 Que á la helada vejez repugna dar;
 Y la nueva armonía
 De idioma peregrino,

Las náyades que cria
 El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
 Bosque, mansion de Flora,
 Que el templo cerca del Amor, venid.
 Dadme, dadme oloroso
 Incienso y la sonora
 Cítara, y de frondoso
 Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
 Cantan el himno sacro,
 Y la pompa solemne comenzó.
 ¿Veis que llegaron ellas,
 Y en torno al simulacro
 Esparcen flores bellas,
 Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
 Presentaré mis dones,
 Cuando postrados ante el ara esten.
 Del certero Cupido
 Sintieron los arpones.....
 ¡Ay! que en vano he querido
 Burlar sus tiros, y me hirió tambien.

Á NÍSIDA.

¿VES cuán acelerados,
Nísida, corren á su fin los días?
¿Y los tiempos pasados,
Cuando jóven reías,
Ves que no vuelven, y en amar porfías?

Huyó la delicada
Tez, y el color purísimo de rosa,
La voz y la preciada
Melena de oro undosa:
Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay, Nísida! ¿y procuras
Ver á tus pies un amador constante?
¿Y de otras hermosuras
El divino semblante
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
Artificial, y la oriental riqueza
Que repartidá en torno
Corona tu cabeza,
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
Que es indomable corazón el mio
Do amor no hizo morada,
Si á tus halagos frío,
Del ruego que me cansa me desvíó.

Que Cupidillo ciego,
Hijo de Venus, fiero me encadena:
Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
A la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Qué amable, si el oído
Presta suspensa á mi pasión doliente!

¡Ó el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente!

¡Ay! si benigna un día
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mía
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

Á ROSINDA HISTRIONISA.

CUPIDO no permite (8)
Que mi canto celebre
Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste
Á que mi voz se aliente,
Y á que solo en tu aplauso
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazón, que en vano
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas
En años florecientes
Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
Ó en tu placer se goza,
Ó en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres:

¡Qué honesta, si declaras
La pasión que te vence,
Ó imaginados zelos
Tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,
Y absorta duda y teme:
Que son, aunque fingidos,
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste
Que dictó Melpomene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.

¡Qué espíritu te agita?
¡Qué deidad te conmueve?
¡Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusión adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,
Y á tus pies humillado
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso
A la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;

Si el numen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.

Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.

Que si la ninfa bella,
Por quien el hondo Betis
En Hispalis soberbio
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima
 Los mudos caracteres,
 Y lo que el arte inspira
 En viva accion lo vuelve,

Vereis como por ella
 El orbe os engrandece,
 Y la fama poetas
 Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,
 Si merecer pudiese
 Que en sus labios de rosa
 Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
 Premiadas dignamente:
 ¿Ni galardón mas alto
 Quién pudo merecerle?

Pero el vendado niño
 Que tirano me vence,
 Me permite que solo
 La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho
 Del afán que padece;
 Ni contra mí tus viras
 Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
 Las dotes excelentes
 Con que á la patria escena
 Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga
 De sus triunfos aumente,
 Sin que á sus ojos muera,
 Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
 Libertarme pudieses,
 Y el tiro que destinas
 Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
 Serán cantadas siempre,
 En acentos suaves
 De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros
 Ensalcen y celebren
 Los héroes que la fama
 Coronó de laureles.

LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,
Que por ser hoy mis días,
He de verme sitiado
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero ¡qué!.... No la cierras:
Si es menester abrirla:
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,
Segun lo que rechina,
Es el de Don Venancio,
¡Famoso petardista!

¡Oh! ya está aquí Don Lucas
Haciendo cortesías,
Y Don Mauro el abate,
Opositor á mitras.

Don Genaro, Don Zoylo,
Y Doña Basilisa;
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!
¡Qué frases repetidas!
Al monte de Torozos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
Á engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Alli y aqui pellizcan;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canarias,
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿hay paciencia
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?
¿Así el amor se explica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreída,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas:
El otro se echa acuestas
Un cangilon de almibar.

Y al otro, que jugaba
Detrás de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan:
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡Demonios! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinerente eremita:

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:
Salgan todos aprisa:
Recojan abanicos,
Sombreros y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

AL NUEVO PLANTÍO QUE MANDÓ HACER EN LA ALAMEDA
DE VALENCIA EL MARISCAL SUCHET, AÑO DE 1812.

YA la feliz ribera (9)
Del Edetano rio
A gozar vuelve su beldad primera,
Y los que devastó furor impío
De Gradivo sangriento,
Feraces campos gratos á Pomona,
La amiga paz corona
Con árboles umbrosos,
Y ya en su nueva pompa bulle el viento.

¡Oh! ¡prosperen dichosos!
Una edad y otra acrecentar los vea
Tronco robusto y ramas tembladoras;
Y cuando el rayo de la luz febea
En las estivas horas
El aire enciende, asilo den suaves
Y tálamo fecundo
Al coro lisonjero de las aves.

Amor, el dulce amor, alma del mundo,
Aqui tendrá su imperio y monarquía,
Y los pensiles dejará de Gnido,
La mansion del Olimpo y sus centellas,
Por gozar atrevido,
En la que va á crecer floresta umbría,
Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿Quién de sus flechas pudo
El pecho defender? Aqui el gemido
Del amator escuchará la hermosa,
El corazon herido,
Y el labio honesto á la respuesta mudo.
Aqui de su zelosa
Pasion las iras breves
(Que breves han de ser de amor las iras)
Tal vez exhalará con tiernas voces;
Y en tanto el son de las acordes liras,
Llevado de los céfiros veloces,
Al canto y danza animará festivo,
Mientras alta Dictina rompe el velo
Nocturno, en carro de luciente plata,
Y con él arrebatada
El curso de las horas fugitivo.
Y tú que viste de tu fertil suelo
Alzarse inutil muro,

Abatir la segur antiguos troncos,
 De tu corva ribera honor sagrado,
 Alcázares arder y humildes techos,
 Tronar los bronce de Mavorte roncós,
 Envuelta en humo obscuro
 Tu ciudad bella, y rotos y deshechos
 Ejércitos, y en sangre amancillado
 Tu raudal cristalino,
 ¡Oh padre Turia! si difunde el cielo
 Sobre tus campos su favor divino,
 De guirnaldas ornándote la frente,
 Corre soberbio al mar. En raudó vuelo
 Dilatará la fama
 El nombre, que veneras reverente,
 Del que hoy añade á tu region decoro
 Y de apolínea rama
 Ciñe el baston y la balanza de oro,
 Digno adalid del dueño de la tierra,
 De el de Vivar trasunto (*),
 Que en paz te guarda, amenazando guerra,
 Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

(*) No puede haber español, de cualquier opinion que sea, á quien no ofenda y mortifique la comparacion de Suchet con el Cid. Uno y otro conquistó á Valencia, es verdad; pero los verdaderos amigos de Moratin deberian desear que este punto de semejanza se le hubiera olvidado al poeta. España se gozó y triunfó en la conquista del Cid: en la de Suchet se cu-

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA.

Con motivo de la muerte de su hijo el Conde de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
 Lluvia baña los prados,
 Ni siempre altera el piélagó sonante
 Boreas, ni mueve los robustos pinos
 Sobre los montes de Pirene helados.
 Á los acerbos días
 Otros siguen de paz: la luz de Apolo
 Cede á las sombras frias,
 Al mal sucede el bien; y en esto solo
 Los aciertos divinos
 El hombre ve de aquella mano eterna,
 Que en orden admirable,
 Todo lo muda y todo lo gobierna.
 Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
 ¿Durar podrás en luto miserable,
 Sensible madre, enamorada esposa?

brió de luto. Pero ya se ha indicado otra vez que las desgracias é inquietudes de Moratin en sus últimos años habian llegado á alterar visiblemente su caracter, y á inspirarle un lenguaje que no era conforme á sus principios, y que no hubiera usado ciertamente en otras circunstancias. (*Nota de la Academia.*)